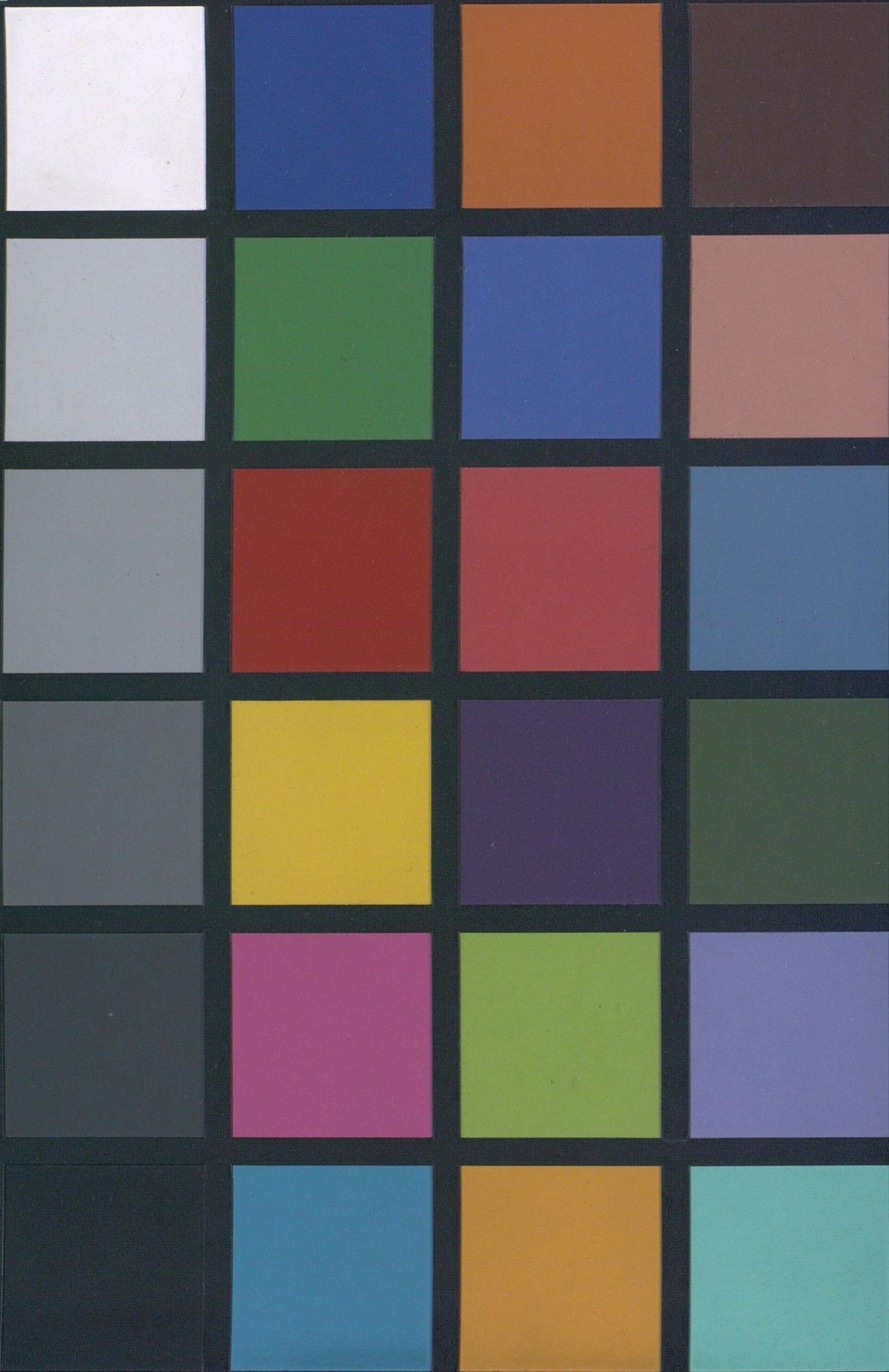


x·rite

colorchecker CLASSIC



M.C.D. 2022

A-483(2)

ENRIQUE JÁCOME Y BRECA,
EL DE LAS MARINAS,

Y
LOPE DE VEGA.

POR
P. FAUSTINO SANCHO Y GIL.



ZARAGOZA
Tipografía de LA DERECHA, San Miguel, número 12.
1885

46

M.C.D. 2022

Varios

AFA-00146

M.C.D. 2022



A: 483

T. 113539

C. 1140202



M.C.D. 2022

M.C.D. 2022

M.C.D. 2022

P-483(2)

ENRIQUE JÁCOME Y BRECA,
EL DE LAS MARINAS,

Y

LOPE DE VEGA.

POR

P. FAUSTINO SANCHO Y GIL.



ZARAGOZA

Tipografía de LA DERECHA, San Miguel, número 12.

1885

1870

1870

1870

1870

1870

1870

d
d
d
m
la
p
á
p
ta
e
q
fé
m



ENRIQUE JACOME Y BRECA,
EL DE LAS MARINAS.

MEMORIA

PREMIADA POR LA ACADEMIA DE CIENCIAS Y LETRAS DE CÁDIZ
Y ESCRITA POR

D. Faustino Sancho y Gil.

Nunca me cansaré de lamentar, el que la patria de Lope y de Goya, no ofrezca ejemplos tan dignos de ser imitados; como Francia en su cementerio del P. Lachaise; Inglaterra en su Abadía de Westminster; Alemania en Weimar y Berlín; é Italia en las plazas de Milán, en las cimas del Pincio, en los palacios venecianos, en los templos de Florencia, ó á la sombra del laurel del Pausilipo, sucesor del plantado por Petrarca. Héroes, navegantes, artistas, sabios, poetas y oradores, ilustraron el nombre español en todos los tiempos, de no menor alteza, que los más grandes de los países, en que es más fértil el ingenio. Lo que Shakespeare y Mansfield, merecen Calderón y Aranda, el haber tenido un

Sheemakers y un Fláxman; tan digno es de un sepulcro monumental Antonio de Leyva, como el héroe de las Dunas; y tan digna de una apoteosis Beatriz Galindo, como la poetisa dulce y delicadísima, que convirtió al héroe de Lodi, en el más dichoso de los séres y al marqués del Vasto, en el tipo del caballero cortesano que Castiglione fantasease, en afiligranadas páginas. Acreedor es Pablo de Céspedes á tener por insignia, el aureo ramo de la inmortalidad, lo que Vinci, el hermoso Vinci, que inventó fortificaciones, que construyó el Canal del Adda, que escribió libros é inspirados sonetos, que trabajó en la construcción de la catedral, que venció con su *Francesco Sforza* á Verrocchio, que fué temido por Miguel Angel y tratado como camarada por los reyes, que ejecutó el primer retrato y la pintura mural más admirable del mundo,—*La Joconda* y *La Cena*,—y que gladiador y nadador extraordinario, fué atleta invicto en los Coloseos del espíritu, y triunfó en una justa, cantando con voz de ángel y acompañándose, con una lira de plata, fabricada por él, un romance, cuya letra y música le pertenecían. Sin cometer injusticia, pudiera esculpirse en mármol, corrigiendo la oda de Byron:—*Washington fué el primero en la guerra, el primero en la paz y el primero en el corazón de sus conciudadanos; Washington fué el mejor de los hombres y el único á quien nunca atrevióse á aborrecer la envidia; y no está sólo en la historia, porque ha existido Mendez Nuñez.* Yo no creo más su-

blime á Rafael que á Velázquez, ni inferiores á Goethe, á Schiller y á Molière, á Lope y al señor de la Torre de Juan Abad; y sin embargo, Lope y el señor de la Torre de Juan Abad, esperan todavía su Rietschel y su Houdon; las cenizas de Velázquez se han perdido; mientras que tienen por urna el pedestal de la *Madona del Sasso* en el Panteón, las del que resucitó las Gracias y trazó vírgenes, de pureza ideal y divina. Según dice muy bien, un insigne hijo de Cádiz, en España, para la inmensa mayoría, el pasado casi no existe y la historia es, como vaga niebla, á través de la cual destácanse confusamente, sólo algunas figuras. Aquí, escribe otro gaditano más insigne aún, los genios nacidos en el hogar de las familias nobles, tienen fastuosos sepulcros en las capillas de las iglesias; más no llegan á veinte, las estatuas erigidas, en el país de Vallés el Divino, de Ercilla, de Zurbarán y Ambrosio Morales. Dolor producen estas ingraticudes de los reyes absolutos y de los pueblos emancipados; y dolor más intenso otros olvidos, acreedores á mayor censura, que el que dá enojo á los manes de Lope, por ejemplo, porque si Lope no tiene pórfidos y alabastros en la tierra, sí páginas, en el libro de la inmortalidad.

Hay en nuestros anales augustos, personalidades grandiosas, tan ignoradas de la muchedumbre, que casi constituyen una curiosidad erudita. ¿Quién no sabe, que el nombre de Fulton ufanaría lo mismo, si con él se las bautizase, á la estrella más her-

mosa del cielo, que á la perla más rica de los mares?: ¿cuántos acuérdanse de que vivió Blasco de Garay? Tronos de zafir ocupan Bacon y Descartes, en los imperios de la historia: ni un heraldo encontrareis al lado de Pereira, que presintió, en la centuria anterior á la en que viviese uno de estos Sócrates, el fundamento psicológico de la moderna filosofía; ó al lado de Luis Vives; ó al lado de Vega; ó al lado de Laguna; ó al lado de Virués; ó al lado de Huarte, que en su *Exámen de ingenios*, unió la fisiología al espiritualismo platónico. Mucho tiene que agradecer la humanidad á Pico de la Mirandola y á Landini, por haber hecho perceptible á todos la voz de la Grecia; ó á Lorenzo Valla y Filelfo, por haber colgado la lámpara de Psiquis, en el templo de la poesía cristiana; mas recordemos, que con azada de oro excavaron, en la espiritual Pompeya de la civilización clásica, Nebrija y el Brocense.

Ni una hoja caiga, de la corona de siemprevivas decretada á Harvey; más orne igual atributo la cabeza del español insigne, que tan triste muerte hubo de encontrar, en las pintorescas márgenes del lago ginebrino. Cortad la más hermosa rama de la encina de Minerva; para Theofastro, el Tucídides de las plantas; para Plinio, que produjo una verdadera enciclopedia de la naturaleza, y murió, mártir de su amor á la sabiduría, entre las llamas del Vesubio; para Euclides; para Arquímedes; para Linneo; para el naturalista Haller; ó para Lavoisier, que halló en sus retortas, la esencia de la ma-

teria, descompuso el agua, analizó la combustión, é hizo la anatomía del aire; mas cortadla también, para el astrólogo, químico, y médico, Arnaldo de Villanueva, hijo de bendición de esa nobilísima tierra de Cataluña, patria de los Viladomat y Capmany, que si con sus fábricas estimula al trabajo, eleva á los cielos de la poesía las imaginaciones, al borde de las cascadas del Fay, en los cenobios de Poblet y Ripoll, entre los peñascos de sal de Cardona, sobre las nieves del Monseñ,—cuyas cumbres simulan un bosque de gigantescas azucenas,—ó entre las cresterías de Montserrat, del tradicional santuario, en que confúndense las notas de la salve y el aroma del tomillo, los destellos de las lámparas que arden en el altar de la Virgen, y los de la estrella vespertina que, trémula de emoción, contempla amorosa desde el éter á la *Moreneta de las montañas*, reflejando á la vez su limpia luz, en el mar de Sertorio, de Anibal, de Scipión, de Pompeyo y de César; en el mar que acompaña las serenatas del ruiseñor que anida en el laurel de Paúsilipo, con la música de las olas que se rompen, en el golfo en que, al amanecer, simula el sol ígneo topacio que arde, en un zafir infinito y dá á la atmósfera brillantez tal, que respirándola, os creéis en el centro de un diamante; en el mar que con sus reflejos y las grandes sombras de sus tardes, llenó de serena melancolía el alma de Teócrito; en el mar en que Sannazaro escribió églogas sobre los corchos de las barcas; en el mar de

las teorías, que dió fondos á los cuadros homéricos y que conserva su paganismo, como en los días en que Sófocles escribiese el himno al astro-rey, cantado por los marineros en la alborada de Salamina, en las costas del país de la belleza, en el que aun cree la imaginación ver el sepulcro de Adonis, rizados de Narciso en las florestas, el ceñidor de Venus en Tempe, á los cisnes de melodiosa voz entre las cañas del Eurotas, corriendo por los campos, la nivea cierva en que Ifigenia se convirtiese, y danzando alrededor de los árboles, los amorcillos que representó Albini, sirviéndole de pinceles, plumas de la blanca paloma, que se posaba sobre las cuerdas de oro de la lira, que para su Amado cincelaron las Gracias, con la perla más limpia de sus joyeros.

¡Ah! no es siempre justa la posteridad! En muchos de esos juicios póstumos, que parecen verdades de dogma, hay alternativas é incomprensibles eclipses. Los telescopios de la crítica, no se han dirigido todavía, á muchos de los astros que tachonan, el firmamento del pasado.

Atestiguan la aseveración, entre otros personajes, Enrique Jácome y Breca, nacido en 1621, (1) en cuna semejante á la de Leonardo de Vinci y en lugar tan encantador, como las orillas del Fucecchio;

(1) Siret, Cean Bermudez y Palomino, le suponen nacido en 1620. Sigo la opinión del diligente D. Adolfo de Castro.

en la alegre Cádiz. La naturaleza, reivindicando para sí su perfectísima obra, no quiso que Enrique tuviese familia y concedióle en cambio, todos sus dones.

Puede decirse con razón, que Jácome aprendió solo, la pintura, que fué la segunda lengua que habló, al dejar de ser infante, pues recibió las primeras lecciones, en el estudio de un mediano artista.

Consagrado Enrique desde la niñez, á la contemplación de la naturaleza que le rodeaba, empezó á copiar los buques anclados en la nacarada bahía.

Giotto, dibujando en el barro de los arroyuelos las pocas cabras que cuidaba, convirtiose en discípulo de Cimabue, en pintor de la leyenda de S. Francisco, en amigo del amador de Beatriz, en el Nicolás de Pisa del pincel moderno. Jácome, ensayándose á copiar los barcos que veía, en sus paseos por la playa de Cádiz, llegó á pintarlos, á deleite de los náuticos, por la verdad con que representaba el casco y la jarcia y á deleite de los artistas, por el buen gusto de su graciosa y delicada paleta. Pronto consiguió vender sus marinas, á mejor precio que Salvator Rosa, las juveniles composiciones que hicieron adivinar á Lanfranchi, en el discípulo de Francazano, al selvático pintor de foragidos, al que rivalizó más tarde con Rembrandt, en su *Caballero armado* y solo consigo mismo en sus batallas, al paisista elogiado por Reynolds en sus *Discursos*. Sin embargo, aunque Jácome encontró

quienes le pagasen sus tablas, estas no fueron incentivo en su país, ni á la admiración ni á la envidia y al convencerse de que no podría ganarse la estimación de aquél, empezó á acariciar la idea de abandonar los patrios lares, que realizó, no bien hubo reunido algún dinero. Errante por Europa, después de largas luchas con su adversa suerte, llegó á la santa ciudad, cuya campiña y luz inspiradora inmortalizaron el Lorenés y Pusino; y hasta 1681, año de su muerte, permaneció en la ribera del Tiber, colmado de distinciones, que no habría obtenido en España.

Tal es, en fugaz bosquejo, la vida del eximio gáditano, cuyas obras, rarísimas hoy, son muy buscadas por los aficionados á las artes; del insigne autor, que Lanzi y algún otro han confundido con el holandés Enrique Cornelio Woom, por no haberse fijado en que es inferior al de Breca, en la perspectiva y en las tintas, el pincel que ha representado á Heemskerke, echando á pique las galeras españolas, en las aguas de Gibraltar.

Como véis, el de *las Marinas*, apartóse de la manera de los pintores que floreciesen, en el siglo del Caravagio y Veronés de Fuente Cantos.

Las fustas del corsario argelino, las estrechas naves y pesados galeones, lastrados en Indias con barras de oro, reprodujolos con inventiva y colorido ticianescos, con una comprensión tan delicada, como la que de la naturaleza campestre muéstranos el Bassanés, en sus vendimias y mercados; con la gra-

cia y verídico acento, que el Rosa Tívoli de Montealegre colocó cabañas y ganados, en sus pastorales sagradas; con la verdad que copiaron, los genios de la centuria décimo séptima, el golfo de líquida rosa del amanecer y el golfo de líquida púrpura del poniente, el altozano que huele á tomillo y el viejo murallón revestido por la yedra, el peñasco engalanado por la espuma de la cascada y el aire que circula por la copa de los plátanos; con la verdad, en fin, que Velázquez pintó ojeos, Bartolomé el calor de estío, Rubens el arco iris, Potter el novillo, Castán el otoño, la siega del heno Bonheur, y el buey que sale á la labor Troyón, en aquel lienzo—que es una égloga admirable,—en el que véis, moverse las plantas esmaltadas de rocío y que los animales respiran la brisa matutina, iluminada por el sol que nace.

Y cuán cierto es que la naturaleza circunvecina del hombre, penetrando en lo más íntimo de su sér, asóciase á las disposiciones nativas de éste y al libre desenvolvimiento de su inteligencia! Basta mirar el paisaje en Cos y en Smirna, para comprender, que en la gruta de Bournabat, pudo Homero haber escrito la *Iliada* y en la isla de Hipócrates nacer, el retratista más embelesador de la historia, el que concibió su *Venus Anadiomena*, al borde de la bahía de Eleusis, en una hora en que, al regresar de sagradas fiestas, las limpias líneas de los montes de Megara y Salamina, el azul dulcísimo del cielo y el sonrosado ambiente de plácida albo-

rada, movían á la admiración y al éxtasis, el ánimo del Velazquez de Alejandro.

Contemplad la campiña de Florencia, desde el Campanile de Giotto, y decidme, si el aspecto de taller que dan al valle sus arquitecturales colinas y sus cónicos montecillos y el sin número de flores, que matizan las márgenes del Arno,—entre cuyos cálices diríais, que escondieron las hadas sus paletas de marfil, sus perlas y sus talismanes de oro,—no pregonan, que en espacios tan bellos, tuvieron que venir al mundo, Vincis y Buonarrotis. Recorred la vega, regada por los rios de las arenas de plata ó subid al alminar sevillano; y reconoceréis, que estáis en regiones, en las que tiene el ingenio los pensiles, á millares. Ved el dibujo conservado en el Museo del Louvre ó cualesquiera de las tablas de Jácome; y recordaréis los iris de Cádiz tan naturalmente, cómo os recuerda el Guadalquivir, el Jordán de *Los Niños de la Concha*.

Los cuadros de Enrique, de una exactitud maravillosísima, reproducen la transparencia de las aguas, la luz acrecentada en ellas, la magia del horizonté, la superficie rizada del mar, el vapor que asciende de las olas, á su choque.

¡Oh! cuando leo el gran poema portugués, escrito bajo el cielo de los trópicos, en la gruta de Macao y en las Molucas, aquel poema que tiene el perfume de las flores de la India y que es muy superior á la *Jerusalem* del Tasso y al *Orlando* de Arosto, pareceme Camoens, el más sublime de los pintores ma-

ritimos; y embelesado, por el encanto de la verdad con que describe, el fuego de S. Telmo ó la formación de las trombas, ocúrreseme siempre pensar, que sólo un Jácome exornaría dignamente, las páginas en que el Cisne de Lisboa, elévase á las alturas de Lucrecio.

En las luminosas regiones de la idealización, Enrique interpretó con fidelidad la naturaleza, en marinas bien pensadas y ejecutadas con selecto gusto; en marinas de hermoso colorido y de una conclusión la más exquisita. Él supo animar la tabla, haciéndonos percibir, la brisa que producen las oleadas que traen á la costa y vuelven á llevarse, mariscos y espumas. Él timbró sus obras, que son las de un gran pensador y observador, con ese *quid divinum* "que no es perceptible, ni retratable, más que para las almas, en quienes plugo al Sumo Hacedor derramar, la inspiración, el sentimiento, el númen y la gracia.,, Él nos ha dado á conocer, el lenguaje del mar. Él tuvo todas las condiciones del buen paisista:—sencillez, noble elegancia, gusto, sentimiento poético, para recoger los reflejos del universo; y en su ejecución, esa frescura imperceptible, ese reposo, esa armonía que se sienten mejor que se explican.

En las composiciones de Enrique hay, diafanidad, una verdad bellisima, lontananzas y efectos de luz encantadores, una expresión de dulce y deliciosa poesía, mucho estudio, natural gracia, el mayor respeto á la forma reproducida, es decir,

la reproducción exacta de una naturaleza tan acabada, que no soportaría el trabajo de la imaginación. En ellas veis, la cifra de la hermosura real y la de un maestro, poseedor de muy suave pincel y tan preocupado del estilo, como de la originalidad y fisonomía del objeto que imitó, á la luz de lo ideal y del espiritualismo artístico. Allí teneis el mundo exterior, cual lo ve el alma. Allí palpita una creación, reflejada sobre la idea objetiva de un hombre, que era un esclarecido ingenio y un verdadero poeta. Allí la ola y la jarcia hablan al espíritu, y hállase presentido el paisaje de la Edad Moderna, que ha elevado este arte, á la categoría de intérprete de la ciencia de lo bello.

Y es que Enrique disolvió su alma, en los colores de su paleta y vivió unido al mundo exterior que le rodeaba, por una familiaridad tan cariñosa, cual la que uniese á Poussin con el *ager romanus*, cuya solemne y clásica majestad, cuya dulce y meditada poesía, inspiráronle países de tan augusto carácter. Es que Enrique concretóse á embellecer, al contacto de su sensibilidad, los objetos en que ésta ejercitábase; y jamás representó sino lo que veía. La belleza de sus marinas está, pues, en su verdad:.... en la verdad estriba su encanto.

Que Breca es una singularidad en su tiempo, ¿quién lo duda? En la época de los Velázquez y Zurbaranes, no hubo pintores consagrados exclusivamente, al género á que pertenecen, el *molino* del palacio Doria y el *Canal helado* de Van de Velde.

Eran incompatibles la mucha observación y el muchísimo estudio, exigidos por la pintura de paisajes, con la altanería militar, con el desenfado del español de la centuria décimo séptima, grave, sesudo, ambicioso, erguido, apasionado, impaciente y un tantico esclavo de la pereza. Es verdad que en los siglos XIV y XV, penetró en el rey y en el richome la sensualidad oriental y que el alarife infiel edificó alcázares moriscos, en nuestras graciosísimas vegas; es verdad, que en los siglos XVI y XVII, la musa de Italia, entró en el hispano cielo y los príncipes y próceres, imitaron la esplendidez de los Collonnas, en moradas en las que el sátiro adornó los frisos y las cornisas y la ninfa desnuda el techo de los salones; es verdad, que en los aludidos períodos, reíanse los impúdicos chistes de Fr. Tellez, leíanse las atrevidas páginas de cien y cien poetas y pensadores, las novelas de Hurtado de Mendoza, Mateo Aleman y Espinel, y *Rinconete y Cortadillo* y el *Gran Tacaño*; mas ni el sensualismo asiático, ni el gusto trasmitido por el país de Petrarca, lograron ser populares. El pueblo, productor de artistas, permaneció abrazado á la santa bandera de la fe.

Por las razones indicadas, no nació entonces, en la española tierra, un hombre, cual el que vió nacer Lørena en su quinta de Chamagne; y Enrique es una figura aislada, en los tiempos agitados por las rencillas de nacionalidad y de religión. No es esto decir, que el paisaje no haya sido cultivado en Espa-

ña, como un accesorio del cuadro, por los Ribera, Navarrete y Murillo.

Así como en los dramas de Calderón, “existen en singular maridaje, el apólogo y la oda, el epígrama y la sátira, reflejando el carácter de nuestra civilización,, así veis reunidos todos los géneros, en los lienzos del *Pintor de los ángeles* y en los lienzos del *Pintor de la caballería*,—á quien podría apellidarse con igual propiedad, Cervantes de la Pintura,—en las producciones del *Españoletto* y en las del logroñés insigne, pupilo de Fr. Vicente y discípulo del Tiziano, que con la lira del *Fénix*, dícenos, en el *Laurel de Apolo*:

No quiso el cielo que hablase,
 Porque con mi entendimiento
 Diese mayor sentimiento
 A las cosas que pintase:
 Y tanta vida les dí
 Con el pincel singular,
 Que como no pude hablar,
 Hice que hablasen por mí.

El paisaje, falto aun de perspectiva, lo encontrareis sustituyendo al fondo dorado, en las composiciones de Jorge Inglés y Antonio Rincón; y ya luciendo con cierta grandiosidad sus galas, en el ballette del *Jacob del arte sevillano*. El paisaje rafaelesco, tan clásico como en la *Bella Jardinera* y con más verdad y variados accidentes, os lo ofrecen, la *Santa Isabel* y el *Bautismo* del devoto Macip, que superó en amabilísima majestad á Vinci, en sus

imágenes del Salvador y en sus retratos al Bronzino; del devoto Macip, el correcto, el ascético, cuyas amables figuras tienen con las de Sancio, el aire de familia que entre sí, los *Niños de la Concha* y el *Bautista niño* y el *Niño Dios pastor* de Bartolomé, la cadena de genios del *Baile de los Amores* y el ser alado que ata la recamada sandalia de la diosa, en el *Tocador* de Albani;—de aquel Albani, que empapaba sus anacreónticos pinceles, en leche de Vénus, sangre de Adonis é iris del sol primaveral de Italia. El colorido veneciano, las tintas y sombras de Vecelli, sirviendo á la florida naturaleza del Tajo y ofreciéndose en holocausto al Altísimo,—eterno númen del poeta y del pintor en España,—sin necesidad de ir á las lagunas del Adriático, podéis verlo, en los cuadros del maestro, tan admirado del P. Sigüenza, que al decir de Lope *ningún rostro pintó que fuese mudo*; en los cuadros de aquél, que tuvo su estadio natural, en el templo de Herrera, y que conservando su santidad al Jordán, dió á sus márgenes, matices de las del Arno y á su curso, la majestad del Ebro; con lo que realizó en el paisaje una conjunción, parecida á la que en la pintura de historia llevase á cabo, el clásico pintor de Galatea, que inspirándose entre las rotas columnas del Foro y al pié de los altares de Cristo, convirtió en sus tablas, en estéticas realidades, las visiones más sublimes del Jefe de la Academia, los sueños más felices del Cisne de Mantua y los proyectos perínclitos del triste cantor de la

Teología, el Santo Tomás y Miguel Angel de la Epica.

Estudiad las obras del hijo del Rafael valenciano, de Domenech, del P. Borrás, de Ribalta, de los Zariñena; estudiad los idilios, de casta veneciana por su color y de ticianescos celajes, los idilios del hombre *que se trató con mucha grandeza, ganó muchos ducados* (1), mereció honores envidiables y tiene sepulcro, en la misma parroquia que el Greco; (2) y vereis que el paisaje es nada más, un accesorio. Recorred las galerías que se ufanan por poseer, joyas del paisano de varios pontífices, que aconsejó á Velázquez; del que vivió la vida del mendigo, en el pórtico de las iglesias y la del príncipe, en su casa frontera al colegio de S. Francisco Javier; del que vistió harapos y el hábito de Cristo; y libertino y asceta, enamorado y escéptico, viajero y cortesano, pintor y grabador; avasalló la suerte y la envidia; tuvo en Nápoles hambre, carrozas y escuderos; y fué, un Allegri, un Buonarroti, un Caravagio, un Sancio, un Rubens, tan hábil para representar el dolor de un mártir ó el rostro feroz de un verdugo, como la belleza de María, tan admirable en su retrato de don Juan de Austria, como elegantísimo en sus fábulas: estudiad las maravi-

(1) Palabras de Jusepe Martinez.

(2) Orrente fué sepultado, en la iglesia de San Bartolomé de Toledo.

llas del que á ninguno imitó y por nadie ha podido ser imitado, las maravillas del César Grande é Invencible del arte nacional: y de un lado veréis, que el pincel del autor del *Sueño de Jacob* no rayó más alto, al dar vida á la Magdalena penitente ó al ciego de Gambazo, que al colocar en sus fondos, rocas, muros, (1) árboles derribados, grutas, campos de azules montañas; y veréis de otro, que el Apeles de Felipe IV, conocedor como nadie, de la magia del aire interpuesto, de la valentía del toque, de la degradación de la luz, de los hechizos del color, de la transparencia de las sombras, con la maestría que los tornos de mano de la fábrica de tapices y los mosquetes y lanzas de Spínola, dá á la inmortalidad, los saltadores de Aranjuez, la hermosura de los lebreles de caza más queridos de su rey; con el acierto que logra interpretar la idea de la redención y el castigo en su Crucificado,—de faz velada por negra cabellera,—reproduce los madrigales de los jardines de la Villa Medici, el arco de Tito (2) y las perspectivas del *ager* de Roma.

(1) Los paisajes de Ribera, son un accesorio en sus cuadros. No tengo noticias de que lo cultivase, como género independiente, sino en dos lienzos, que han ocasionado muchas sorpresas gratisimas, en los salones de la Montejo.

(2) Es bellissimo el árbol y bellissima la frondosidad que rebosa, por encima de los muros que se ven, al lado opuesto del famoso monumento del campo Vaccino. Esparece poesía por el lienzo, el pastorcito que se vé, en primer término, to-

Yo no he de hablaros de Collantes, el autor del cuadro de Ezequiel y de la estampa para el libro de Juan Mateos; ni de los países de Caxes, de Miranda y de Carducho, el Jorge Vasari de nuestra pintura teórica; ni del *Campillo* y la *vista de Zaragoza* de Mazo; ni de las *batallas* del dulcísimo Leonardo y del desabrido Estéban March, en torno de cuyo caballete veíanse, cajas de guerra, lanzas, alfanjes y dardos y en las paredes de su taller, señales de las cuchilladas que contra ellas descargaba el lunático, cuando para poseerse del asunto que iba á ejecutar, tocaba el clarín y empuñaba el mandoble.

Ni tampoco os hablaré de las pruebas de paisistas que hiciesen, Pablo de Céspedes, Alonso Cano, los numerosos discípulos del racionero de Córdoba y del racionero de Granada, y Zurbarán y Bartolomé, el cual pintó como nadie, las apacibles colinillas del Tiber, la nieve del Esquilino, "la atmósfera, los átomos, el aire, el polvo, el movimiento de las

cando el caramillo y cuidando un ganado. Procede esta obra, del primer viaje de Velázquez á Italia. El arco erigióse, para memoria de la destrucción de Jerusalem, habiéndose grabado en el friso, el triunfo, que puso término á la guerra de Judea, que comenzó Vespasiano y acabó Tito, el llamado *Delicias de nuestro linaje*.

Este cuadro, oscurecido por la imprimación roja del lienzo, debió pintarse en la corte, por algún apunte, tomado en Roma. En la colección de pinturas del primer marqués de Salamanca, existía un paisaje, atribuido por Martínez Cubells y otros, á Velázquez, y en el que inhábil pincel trazó una figura, que es un anacronismo.

aguas y hasta el trémulo resplandor de la luz de la mañana.,,

Y tampoco os recordaré, que del Salvator y Claudio de Azcoitia, Iriarte, solía decir Murillo, *que Ignacio no podía dejar de pintar países, por inspiración divina, según lo bien que lo hacía;* y que se lee, en Cean Bermudez:—“la delicadeza de las hojas de sus frondosos árboles, la degradación en los lejos, la diafanidad en las sombras, la elección de los terrenos, la contraposición del claro oscuro, la hermosura de los cielos, la transparencia de las aguas, el ambiente, y un acorde general en todas sus partes, eran cualidades, reconocidas en España y en Europa.,,” al antiguo Secretario de la Academia de Sevilla.

Lo que sí diré, que con haber contribuido el paisaje con su riqueza, á la gloria de los grandes máestros españoles, no constituyó por sí, *una provincia independiente, en el vasto Imperio de la pintura patria,* en la época á que pertenecen, el cuadro de las *Meninas* y la *Apoteosis de Santo Tomás*. “El prestó la profundidad de sus grutas y la aspereza de sus yermos, al pincel místico y penitente, guiado por la fé y volcanizado por la caridad. El franqueó la anchura de sus planicies y la escabrosidad de sus colinas, al que impelido de entusiasmo bélico, revolvió en ellas, los invencibles tercios españoles. El, en fin, convidó con lo delicioso de los jardines, lo florido de las campiñas, lo cerrado de los bosques y enramadas, al que, movido de más

dulces afectos, recataba los hurtos de amor, descansaba de las fatigas de la guerra ó aprestábase al ejercicio de la montería.,,

Dice con verdad, el señor marqués de Molins: la fé, el patriotismo, el amor;—hé aquí la síntesis de nuestra historia y el triple raudal de la inspiración patria.

El paisaje, fecundizado y embellecido por el númen religioso, patriótico y amantísimo de que son producto, los *Cristos* de Morales, la *Esclava de su galan* y las odas de Quintana, avaloró los cuadros de la fé, del patriotismo y del amor, pero en ellos es nada más un accidente. Y no podía ser otra cosa, dado que entre nosotros carecían de importancia, la anatomía vegetal y la arquitectura de los jardines. En el siglo de oro de nuestro pincel, no hallareis más artista que Jácome, consagrado á reproducir la naturaleza inanimada exclusivamente; y por esto decía, que aquél, es una cúspide solitaria, en la atmósfera de su tiempo.

Fácil es ya el determinar, por qué no ganó la estimación de España, Enrique *el de las Marinas*.

El paisaje, ni como obra de enseñanza, ni como obra recreativa, podía satisfacer al hombre de la centuria décimo séptima, que exaltado por el misticismo, por la idea religiosa y por la idea de nacionalidad, veía la moral amenazada por sin número de peligros y pensaba, que la adoración á la naturaleza, produciría ateos y malvados.

¡Qué error! El pájaro que alegra el bosque con

sus trinos, la fuente en cuyo cristal ríela el lucero de la tarde, el airecillo que ondula las mieses, educan el sentimiento, y cantan la gloria y majestad de Dios. Los lienzos románticos de Villa-amil, el *Crepúsculo de Otoño* de Belly ó la *vista del Rhin* de Butler, nunca darán armas, al escéptico ó al pantheista. Las maravillas del Criador exaltan al cristiano; y si éste es genio, le hacen hablar el lenguaje de Lamartine ó de Saint Pierre.

Dedúcese de lo afirmado, la importancia que tiene en la historia de la Pintura, el ilustre hijo de Cádiz. Dos palabras, nada más que dos palabras, para concretarla.

El paisaje ha alcanzado en la actual época, una perfección, que nunca había tenido, por la índole de esta sociedad, que por su agitada vida y múltiples emociones, hállase tan necesitada de buscar el reposo, en el regazo de la naturaleza, como la que tuvo por hijo, al Cisne de Mantua ó como la que tuvo por hijo, á Garci-Lasso.

El género indicado, tiene la predilección de la sociedad actual; cuya predilección, originada en lo que es el hombre hoy, ha desarrollado la moda, generalizando entre las gentes, el álbum de acuarelas y litografías y proclamando, que el mejor de los adornos domésticos es, una pintura al temple ó al fresco, que en las paredes y techos interiores de los edificios haga sentir, la poesía de un lago escocés ó de una de esas florestas, en las que diríais, que escondieron sus tesoros, las peris de la Arabia.

El paisaje, ha adquirido en nuestros días, la categoría de obra estética, de efigie de la naturaleza, tomada desde el objetivo de la idealización, y en él asombran, el colorido y la factura, no menos, que el estudio que adivinase en la tela en que reproduciese, una alborada de Mayo, ó un ocaso en el bosque ó la barraca en que hila el gusano de seda, á la sombra de los naranjos, tachonados de azahar y pomas de oro.

El creador de la maravilla que ensalzo es Goya, el maligno y volteriano Goya, cuya paleta daba envidia con sus colores, á la rosa, á la flor de granado, al lirio, á la nieve, al azul celeste, á la luz que esmalta las torres de nuestros templos, en las que, al pié del símbolo del Gólgota, cuelgan sus nidos, las enlutadas aves, que arrancaron espinas de la cabeza de Jesús. Goya inauguró esta edad, en la que todas las producciones del género á que aludo, tienen el sello de la originalidad y la grandeza;—no digo yo en la patria de Leu, de Achembach, de Michellis de Winter y Van Schendel, de Ulrich ó de Duncan, sino entre los hielos de Noruega, donde el pincel, ha producido bosques y valles de montañas, de un hechizo singular. Goya inauguró este período, al que debemos, ese gran prodigio de la verdad y la poesía, que se llama acuarela; género sin rival en el siglo XIX. Goya, sin sucesores directos, ni discípulos, creó el paisaje moderno, el paisaje de los Villaamil, los Cameron, los Elbo, los Montalvo, los Alenza, los Rigalt; el paisaje en que se han lucido

brillantísimas dotes, en la copia de los panoramas del universo, ó en la reproducción de escenas, ya pastoriles, ya populares y en la de los animales que sirven al agricultor ó le acompañan en su soledad. El paisaje de hoy pues, auxilia á la historia, á la literatura y á alguna profesión social; y ha logrado una importancia, un interés, una variedad de formas, de que antes carecía. En él la imágen, tiene toda la maravilla de las obras de Dios, y arde el fuego del pensamiento y del corazón del artista; por lo que no están mudos en el lienzo, el árbol y el bosque.

El es poderoso bienhechor del teatro; y por él conocemos monumentos, ciudades y regiones que nunca hemos visto; ora las apacibles rías de Galicia y los soñadores lagos de Holanda; ora el Fuerte de Tilbury, San Juan de los Reyes, la Alhambra y los alminares del Cairo y de Córdoba ó los enebros del Archipiélago y los laureles del Alcázar. Oh!. el paisista de la actual época, por lo mismo que la pintura es libre y no tiene los odios de pasados días, exalta el sentimiento religioso; y sus cuadros, son himnos á la bondad de Dios y á su sabia Providencia. Tales méritos hay que reconocer, en el ramo que cultivasen los Poussin y los Goya, cuyos lienzos están á la altura de uno de los géneros artísticos más necesarios al hombre, porque la belleza de la realidad hállase sólo al alcance de los seres superiores. ¡Gran jornada fué el siglo xvii, en la historia del paisaje! Winants en Holanda y Anibal Carraci y Domingo

Zampieri en Bolonia, ennoblecieronlo; Teniers en sus *Kermesses* y Stella con sus pastorales, crearon en él la variedad; y en la patria de los Van Ostade, Both, Weenix, Becker, Moucherón, perfeccionóse, lo que atestiguan las *cacerías* de Wouvermans, los *efectos de luna* de Van der Neer, los rebaños de Berghen, los *toros y novillos* de Potter, las *marinas* de Backuysen, los *prados* de Van de Velde y Dujardin y los *bosques*, las *aguas* y los *campos* de Everdingen, Ruysdael y Hobbema. Sí, ¡gran jornada fué en la historia del paisaje, el siglo xviii! En él, pintó Rubens su *Arco-iris* y Salvador Rosa la encrucijada, en que acecha el bandolero ó el peñasco en que despedaza la nave, el agitado mar. En él produjo églogas, tan ideales como el *Vado* y obras como el *Narciso*, que es una admirable poesía pintada, el Virgilio lorenés que arrebató al cielo, el privilegio de tener sol. En él coronaron las Gracias de palma y rosas al Poussin, por haber representado, como nadie, los encantos de la campiña romana, su decaída grandeza y la solemne y clásica majestad de sus augustas ruinas.

Pues bien, así y todo, es jornada más brillante aún el siglo xix, pues en este, "el paisaje, considerado en sí mismo, atendidas sus dificultades y su resultado y hecha abstracción de su índole, está al nivel de las más nobles especulaciones, y prácticas del humano entendimiento;," es el género descriptivo de la pintura; y plenamente libre, la paleta, tiene abiertos horizontes, que en lo anti-

guo, ni pudo, ni debió reconocer, el guardador de la moral.

Muchas de las máximas que acabo de escribir, las practicó Jácome;... Jácome!, que sintió por inspiración la belleza y despertó sensaciones verdad, con entusiastas afectos. ¿Quién se atreverá á negar, que las raíces del paisaje de hoy, refréscalas, agua de la fuente del taller de Enrique? Y qué gloria la de este personaje, que fué, respecto al género creado por Goya, lo que, respecto al *Moisés* y al *Zuccone* que encuéntrase, en uno de los nichos del *Campanile*, las esculturas, místicas y griegas á la vez, de Nicolás de Pisa, lo que respecto á las vírgenes de Rafael y Andrés del Sarto, las obras del virtuoso fraile, que pintaba arrodillado, el rostro de Jesús y de María, que iluminó muchos libros de coro, que renunció la mitra de Florencia, y que ejecutó composiciones que se distinguen, "por la tranquila castidad que exhalan, por la pureza y gracia de sus seres sobrenaturales, por su delicado colorido, escaso de relieve, por la encantadora elegancia de sus plegados, y por el religioso amor con que el pincel, para dar más realce á los santos misterios en que se ejercita, derrama los limpios matices de las flores de Abril, sobre las vestiduras de los personajes y la gala de los oros y de los ornatos, sobre las franjas y los nimbos,, (1). Las pinturas de

(1) D. Pedro Madrazo.

Enrique son pues notabilísimas, como páginas de historia y como páginas de arte, por lo que tenemos que agradecer á la más bella de las bahías españolas, inspiraciones tan bienaventuradas, como las que deben, Virgilio á las vegas de Mantua, Garcilaso á los verjeles del Tajo, Camoens á los cedros y sauces del Mondego, el Mudo al Clamores y á los canales venecianos, Bernardo de Palissy á las montañas pirenaicas y á los Alpes, y Fortuny á la Alhambra, que las hadas construyeron con la pedrería de sus diademas y con los tapices más ricos de su palacio,... á la Alhambra!, que ha tenido, quien crease, en todas las imaginaciones, un mágico ideal de su hermosura; un cantor de su peregrina historia; un poeta cuyos atributos son, la lira cristiana, el caballeresco laud y la morisca pandereta. Con justicia, pues, ufana á Cádiz, el haber arrullado, el sueño infantil de un hombre tan extraordinario.

Muchos varones insignes han nacido, en la ciudad-neréida y en la comarca que lleva su nombre: —artistas como Torres, que pintaba al oleo y al fresco, con pincel más alegre que el de Murillo; poetisas como D.^a Gertrudis Hore, la *Hija del sol*; insinadoras de gentileza, como la Llorente,—casta musa de Fr. Diego González; arqueólogos tan sabios como Salazar; escritores de la talla de Cadalso ó de Castillo, que lució en su *Numa*, los primores de nuestro habla y briosa elocuencia, en su discurso excitando al español á combatir á la República francesa, cuando la guerra de Calataluña,... ¡Castillo! cu-

yos sainetes prefieren algunos, á los de D. Ramón de la Cruz. Madre es la antigua Kalis y madre su provincia, de los Moreno, los Huarte, los Fr. Diego José, los Mañer, los Tenorio de León, los Miravel, los O'Crowley, los López Chacón, los Macé, los Duque, los Ceballos, los Iturrigaray, los Zaporito, los González de Terán, los Nieto Molina; del marqués de Méritos, y del de Ureña; de matemáticos como Tofiño; de arquitectos como Cayón; de marinos como Danero; de un Mutis, que tuvo la universalidad de Haller; de un Granado, tan docto en la ciencia divina.

Sin número de preclarísimos varones vieron la luz, en el país de Adolfo de Castro, Moret y Castellar, que lo es así mismo del autor del *Rey-Monge* y del *Trovador*; del que llevó su númen, y allí encontró su mejor perla, á la Delos del Romanticismo, á la ciudad querida de Musset, Sandeau, Chateaubriand y Lamartine, en la que fué huésped el gran Quevedo.

Bastara á la gloria de tan afortunada tierra, el haber dado cuna al pintor de marinas que encontró sepulcro, á la sombra de la cúpula de Miguel Angel.

Cádiz debe fatigar los cinceles sobre el mármol, en loor de su noble hijo. Honrar á los grandes es, ser grande. Por esto, por haber pintado la roja cruz de la caballería en el pecho de Velazquez, lo es Felipe IV; y el duque de Osuna, por la amistad que dispensase al Españoletto, desde el día en que éste,

puso á intento en su balcón, como para que se secase, su célebre *S. Bartolomé*.

Por las discretas veneraciones que tributarón á los genios, son inmortales, los Mecenas de los Sanzios y Buonarroti; los próceres que honraronse, en unir su nombre, al de Cervantes; en estrechar la mano del *Fénix*; en tener á su lado á Argensola ó á Quevedo. Nunca me parece Quintana más sublime, que al cantar el invento de Jenner, del Jenner agasajado por su patria con una pensión pingüe, por los reyes todos de Europa con honrosísimas condecoraciones, por las Academias del mundo civilizado con títulos de socio honorario y por Catalina II con el brillante más rico de su joyero; y Delacroix, que en su *Dante*; y Delavigne, que al pié del laurel que plantase en el sepulcro virgiliano.

Nadie que conozca el *Zéfiro* ó la *Magdalena arrepentida*, el *Teseo* y la *Consolatrice* de Cánova, dejará de considerar justo, que el corazón de éste tenga un mausoleo, en *Y Frari* y conserve su mano derecha, urna de pórfido, debajo de la cual se lea,

Quod mutui amoris monumentum

Idem gloriae incitamentum sit,

en aquel templo del arte, en el que se guardan joyas, como la *Asunción* de Vecelli, el *Pescador* de Bordone y la *Cena* de Veronés; á quien llamaré siempre por sus fondos, poeta de la arquitectura.

Por ninguna de sus obras es más amable, el úni-

co heredero de M. Angel, que por su sepulcro de Alfieri. ¿Quién no concederá, que se ennoblecen Byron y Bellini, por haber cantado los triunfos y sembrado de flores la tumba del héroe que, cual el bardo inglés, representanos Manzoni, *con el genio, la gloria, el heroismo, la inmortalidad, la inspiración sobre la frente, el mundo á sus piés, dos siglos batallando á su lado y cubriéndole las sienes con sus relámpagos*; del temido batallador que fué, en Egipto un Alejandro, un Anibal en los Alpes, un César en Austerlitz, un Gonzalo en Arcole, un Jenofonte en sus retiradas, un Maquiavelo en su política, un gran prosista en sus libros, un dialéctico en las discusiones á que asistió? Jamás la patria de Camoens, y la de Calderón, y la de Petrarca, y la de Rubens, parecióronme más dignas de poseer las *Lusiadas*, la *Vida es sueño*, el *Descendimiento de la Cruz* y la lira en amorada de Laura, que cuando celebraron el centenario del gran dramático, del gran lírico, del gran épico y del Ticiano del Norte.

Ah! Dos inscripciones se leen, en la corona de los inmortales. *Fué grande* es la una: la esculpió la gloria; y refiérese al que merece lauro. *Es justo*, es la otra; y refiérese á los que lo otorgan. Y puesto que fué grande Enrique Jácome, sea con él justa Cádiz, en un bronce ó en un jaspe. Lo será, porque tiene todas las pasiones que ennoblecen la vida, esa "gondola de dorados remos, tripulada por el lujo, la gracia y la hermosura,, la culta, la liberal, la heroica madre de los cultos, liberales y heroicos hijos;

la memorable colonia fenicia; la esclava del filisteo, que tantas veces tembló, al ver dibujarse en el horizonte la barcaza siniestra del normando; la ciudad salvada por Andrea Doria, ofendida por Drake, saqueada por Essex, convertida en una especie de Venecia en el siglo XVII; la que dá nombre á unas Cortes tan inmortales, como las perpetuadas por los pinceles de Gisbert; aquella ciudad, en que Alfonso X (1) quiso estar enterrado, sin duda para indicar á sus sucesores, su aspiración á la conquista de Africa.

Zaragoza 10 de Julio de 1885.

(1) El sepulcro del Rey sabio, está en Sevilla.



Artículo en elogio de Lope de Vega

PREMIADO CON PALMA DE PLATA

EN EL CERTAMEN INTERNACIONAL DE 1884,

Á

D. FAUSTINO SANCHO Y GIL

por la

Academia Mont Real de Toulouse.

Sibi gratulentur mortales, tale tantumque extitisse, inscribiría yo, en el pedestal de la estatua de Lope, si estatua de Lope hubiese, en la española tierra; pues lo que Newton, merece tan magníficas palabras, el númen fecundísimo, que creó en la naturaleza moral, tantos tipos, como pudiese producir la material, en su inextinguible vida. En Lope, á fuer de genio, hay tres caracteres:—por lo que tiene de más universal, pertenece á la humanidad, y la

humanidad le debe, el haber ahuyentado del mundo en que, fugitivo de Bacón, Descartes y Vives, refugióse un día, el Aristóteles ídolo del árabe, de los teólogos y de los clásicos, con lo que derogó la apoteosis decretada en las *Escuelas de Atenas*, por el divino pincel rafaelesco; el haberse rebelado contra la Poética convencional, acatada hasta entonces; el haber defendido, la espontaneidad creadora de la fantasía; y el haber enarbolado, la bandera de la libertad en el arte:—por lo que tiene de más general, pertenece á España; y España le debe, un áureo siglo; un consorcio feliz, entre la inspiración patria y la forma erudita, en el que aquélla domina á ésta; un teatro sin rival, por sus comedias de capa y espada, admirable por sus joyas trágicas, sublime por sus ideas metafísicas y caracteres sociales; y un cielo, cuyos soles se llaman Tirso, Alarcón, Rojas, Calderón y Moreto:—por lo que tiene de más individual, pertenece á sí propio; y á sí propio nada debe, pues por cumplir sus fines humano y nacional, si no es mala la más defectuosa de sus páginas, la de más mérito, no es perfecta.

Y por ser genio Lope, son tres sus cualidades culminantes: espíritu creador, produjo la tercera maravilla de las letras hispanas; dotado del don profético, presintió en sus obras, el florecimiento de una primavera estética; con aptitudes para objetivar su sér é identificar con las propias, las confianzas de su tiempo en lo porvenir, engarzó en sus creaciones perínclitas, las ideas capitales de su Es-

pañá, es decir, la fé, el honor y el espíritu caballescó.

El *Fénix*, cultivó todos los géneros literarios conocidos. Para todos adornábanle, privilegiadas notas; cuya prodigalidad de Dios, perjudicó á aquél un tantico, pues las grandes facultades, para ser fértiles, necesitan vivir á espensas de otras; que ni los ruiseñores tienen el plumaje del ave del paraíso, y las dalias el perfume del clavel ó las camelias el de la violeta, ni el pájaro-mosca canta, como el gilguero, ni haríais un orador, superior á los ensalzados en la historia, reuniendo, la perfecta forma de Vergniaud, la oscuridad de Burke, la indignación relampagueante de Mirabeau que inspiraba el terror trágico, la dorada frase del Lamartine, que robó su dulzura á la miel del Hibla de la elocuencia, los arrebatos de Moreno Nieto, el ritmo de Donoso Cortés y las armonías de Castelar, que es á un tiempo, Fideas, Rafael, Tiziano y Beethoven de la palabra.

En Lope asombran: la vena de inventiva; la extraordinaria variedad de sus dotes; el arte con que hallanse subordinados al interés de la obra, todos los intereses del diálogo, que tiende más á explicar la marcha de la fábula, que á retratar los personajes; el atractivo del argumento, que distrae al público, de muchas infracciones de la verdad y de los hechos; la forma de novela dramática de la producción; el estilo, el metro nacional y el hábil uso de nuestra poesía nativa que alardea aquel; y su verso,

si desaliñado, fácil, delicioso, insinuante, feliz, de una armonía, de una frescura y de una variedad sin ejemplo.

Estos primores; la belleza con que reproducenos la castellana y los caballeros de entonces, cristianos de pura cepa y limpia prosapia, fieles súbditos de monarcas que son alcaldes modelo; y sus vejetes originales; y sus pícaros sutiles y graciosos;— conquistáron la regia púrpura de la dramática, al que otorgó la inmortalidad á Sancho Ortiz; al que cambió los principios en que se apoyaba el antiguo teatro, y triunfó en su patria y en Roma y en Nápoles y en Milán y en el serrallo de Constantinopla y allende el Pirineo; al que tuvo patronos, de una munificencia, superior quizás, á la munificencia con que honrase á Julio, el duque de Mantua y fué objeto de manifestaciones tan cariñosas, como Rafael cerca de la silla de los Pontífices ó en las calles de la ciudad augusta; al que vivió con el lujo que luciese Ribera, en el país que ilustró con su caballete de oro; al que sorprendido por la muerte, en el zénith de su inmensa popularidad, recibió sepultura, con soberana pompa.

Además del Teatro, el *Fénix* cultivó la novela pastoril, si no con desconocida fortuna, con gloria, pues algunas de sus páginas descriptivas y no pocas de sus imágenes, valen, lo que lo bueno de Montemayor, Cervantes, Gil Polo y Sannázaro; escribió poemas que son, por decirlo así, los topacios de su joyero; produjo el *Laurel de Apolo*; y ciñó coronas

de las adelfas todas que cultiva en su jardín, el más bello de los dioses.

El que Lope cultivase la épica, la lírica, la dramática, la crítica, la novela, todos los géneros literarios en suma; el que hiciese florecer una poesía en la que palpita el hermoso sentimiento de la naturaleza; el que sea autor de sátiras, aceradas á veces, á pesar de su apacible condición y bondadísimo carácter, se debió, á que nadie, nunca, ha reunido una facilidad de inventiva tan máxima y un espíritu de improvisación tan espontáneo.

El genio de la improvisación artística, no lo busqueis, sino en Lope. Improvisaciones artísticas eximias son sus obras; y sobre todo aquellas, por las que, cuenta entre sus discípulos, un Moreto ó un Vélez de Guevara y entre sus deudos, un Corneille y un Moliere.

Si buscais los grandes templos, en que la mûsa escénica española recibe culto, veréis la basilica de San Pedro, en el Teatro de Calderón de la Barca y la Santa María de las Flores, en el de aquél, cuyas cenizas decretó el Altísimo que se perdiesen, sin duda para decir á los mortales, que genios como el *Fénix*, jamás están en la tumba. Y si Miguel Angel, no obstante su inmensidad, no logró arrebatarse su nimbo á Brunelleschi;—Calderón, ni creando á Segismundo, ni escribiendo el *Mágico* y las páginas en que concentró las hermosuras de nuestra vida y de nuestra poesía, ha conseguido desposeer á Lope, del epíteto con que le saludan, discretas ge-

neraciones. El uno es alondra que anuncia una mañana, resplandeciente de luz; el otro, ruiseñor que gorgea, al caer la tarde: hermosísima alborada aquél; éste, sol que brilla más que en el meridiano, al ocultarse tras *cortinas de carmín*. El *Cisne del Manzanares* es, la apoteosis del espíritu varonil español; el *Fénix de los ingenios* lo es, de la belleza del espíritu español.—Yo llamaría á Lope, César, porque es el más rápido de los conquistadores literarios; y á Calderon, Augusto, porque se sentó en el trono y vistió la púrpura, del mayor imperio de la dramática.

La iglesia coronada por la aérea cúpula, que en la primavera del Renacimiento, fue el botón, que al abrirse en rosa, se trocó en rotonda de Buonarroti, es el sitio más digno del orbe, de servir de sepulcro á Miguel Angel.—Si un día se alzase un templo á Calderón, el templo no fuera digno de éste, si un Kaulbach, no ejecutase al fresco, en las naves y paredes de la fábrica, las escenas de más mérito del teatro de Lope.

Magníficos luminares son: Valmiki, Homero y el Dante, que cantaron el ideal oriental, el clásico y el cristiano; Pindaro, el vate de poderosa facundia, cuya lira es, como la tribuna de Demóstenes y el cincel de Fidias y la paleta de Apeles, uno de los atributos predilectos de la Península, en que aun crecen, la oliva de Minerva y el laurel de Apolo; Virgilio, que recordó, con dulce acento, á la corte de Augusto, los mentidos orígenes de Roma y es-

cribió la página más bella de la antigüedad, la égloga IV; Teócrito, que tañó, con perfección nunca igualada, la caña pastoril; el Petrarca, que simboliza, el advenimiento á la historia de la poesía lírica... el Petrarca! cuya sombra verá siempre la fantasía, en el golfo de Nápoles, en las márgenes del Ródano, en la plácida soledad de Valledusa, en el Ventoux, donde adquiere superior encanto el país, en el que la historia, tiene sólo tres páginas, que reciben su nombre del campo de batalla, del castillo y del monasterio; el país que dió estrella matutina á la literatura moderna, con sus cortes de amor y sus laudes, ya religiosos, ya tirteanos, que ora despedían de sus cuerdas de plata, el dardo de acerada sátira, ora sonaban enamorados, como el harpa de Macías ó ebrios de moscatel de Bauma y vino de tomillo... Magníficos luminare, tan magníficos luminare, como los enumerados sacerdotes de la belleza son: Shakespeare, por cuya péñola, descendió en lenguas de fuego, la filosofía al arte; y Calderón de la Barca, el idealista más sublime; y Goethe, el cantor de la ciencia; y Schiller, que llevó el más exaltado lirismo á sus producciones; y Klopstock, el poeta de la fé; y Espronceda, el poeta del dolor; y Byron, cuyas estrofas deben ser leídas, sobre los hundidos muros de Corinto, en los canales de Venecia, entre las ruinas atenienses, en el Bósforo, ó respirando los perfumes de los rosales más célebres del Universo. En la grandiosa constelación, que forman los personajes citados, brilla

con diamantina luz, que con ninguna otra se confunde, el que tegió y bordó las mantillas de oro y encaje del teatro español. Si no registrásemos en nuestra historia, más nombre que el de Lope, nuestra historia sería grande.

Agosto 1884.



M.C.D. 2022

M.C.D. 2022



M.C.D. 2022